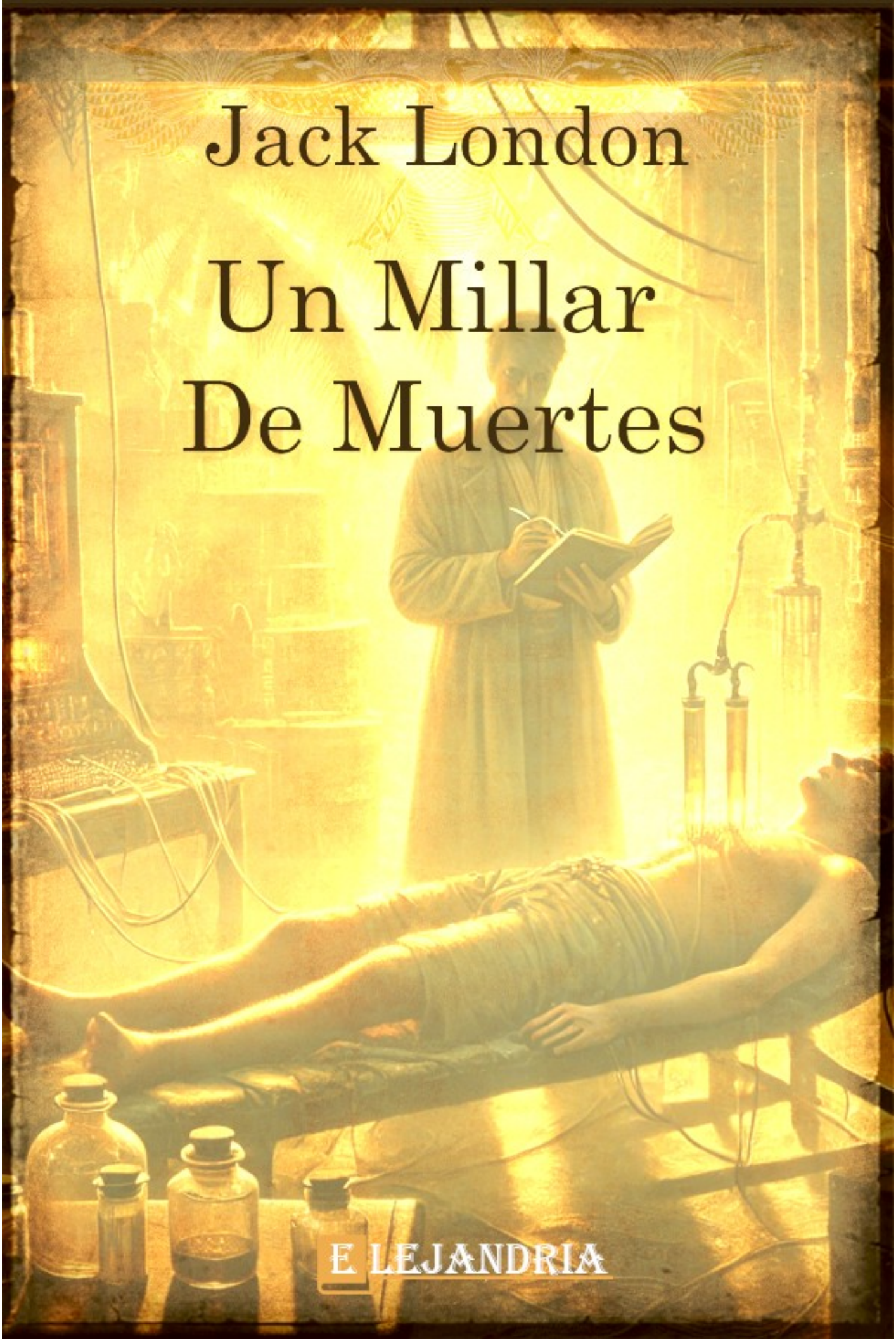
Jack London

Un Millar De Muertes



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Un Millar de Muertes

Jack London

Publicado: 1899

Traducción: Elejandría
Origen: en.wikisource.org

Un millar de muertes

Llevaba cerca de una hora en el agua y, con el cuerpo aterido, exhausto y con un terrible calambre en la pantorrilla derecha, sentía que mi hora había llegado. En vano había luchado contra la fuerte marea que bajaba, viendo desfilar, enloquecedoras, las hileras de luces del puerto; pero ahora desistí de mis intentos de nadar contra la corriente y me entregué a las amargas reflexiones de una vida desperdiciada, cuyo final parecía inminente.

Tuve la suerte de nacer de buena estirpe inglesa, pero mis padres tenían más fondos en el banco que conocimientos sobre la naturaleza infantil y la crianza de los hijos. Aun cuando vine al mundo con la proverbial "cuchara de plata en la boca", jamás conocí las bendiciones de un afectuoso hogar familiar. Mi padre, un erudito y célebre anticuario, se desentendía de los suyos, perdido siempre en las abstracciones de su estudio; mientras que mi madre, más famosa por su belleza que por su buen juicio, se saciaba con la adoración de la sociedad en la que se sumergía sin tregua. Pasé por la rutina escolar y universitaria propia de un joven de la burguesía inglesa y, conforme los años me trajeron más fuerza y pasiones, mis padres, de pronto, se percataron de que yo poseía un alma inmortal, e intentaron ponerme bridas. Pero era demasiado tarde: cometí las locuras más desmedidas y atrevidas, y así fui repudiado por mi familia y excluido de la sociedad que tanto tiempo había ultrajado. Con las mil libras que mi padre me entregó—sumadas a la declaración de que no volvería a verme ni a darme ni un penique más—tomé un pasaje de primera clase rumbo a Australia.

Desde entonces mi vida fue un incesante ir y venir: de Oriente a Occidente, del Ártico al Antártico, para, al fin, hallarme convertido en marinero ex-

perto, con treinta años y en la plenitud de mi fuerza, ahogándome en la bahía de San Francisco por culpa de un intento excesivamente exitoso de desertar de mi barco.

El calambre me había contraído la pierna derecha, produciéndome una agonía atroz. Una leve brisa había levantado un oleaje corto y picado que entraba en mi boca y bajaba por mi garganta sin que yo pudiera evitarlo. Aun conseguía mantenerme a flote, pero ya era algo mecánico, pues me desvanecía con rapidez. Tengo un recuerdo borroso de haber pasado junto al malecón y de haber divisado la luz verde de estribor de un vapor que subía río arriba; luego, todo se volvió oscuridad.

Escuché un leve zumbido de vida insectil y sentí la caricia de un aire primaveral sobre mi mejilla. Poco a poco se transformó en un fluir rítmico, cuyas suaves pulsaciones sentí que mi cuerpo seguía. Flotaba sobre el plácido seno de un mar veraniego, alzándome y hundiéndome con un lánguido placer en cada ola susurrante. Pero las pulsaciones cobraron fuerza; el zumbido se alzó en intensidad; las olas crecieron, más altas, más fieras… Fui zarandeado en un mar tempestuoso. Un dolor inmenso se apoderó de mí. Luces brillantes e intermitentes centellearon en mi conciencia interior; en mis oídos retumbaba el estruendo de muchas aguas; luego, la brusca rotura de algo inaprensible, y desperté.

La escena de la que yo era protagonista resultaba extraña. De un solo vistazo comprendí que estaba tendido en el suelo de la cabina de cierto yate privado, en una postura harto incómoda. A cada lado, sujetándome los brazos y moviéndolos como palancas de bomba, había dos individuos de piel oscura y atuendo peculiar. Aunque había tratado con numerosos pueblos aborígenes, no acertaba a adivinar su origen. Algo me envolvía la cabeza y conectaba mis vías respiratorias con la máquina que enseguida describiré. Sin embargo, me habían taponado las fosas nasales, obligándome a respirar por la boca. Acortados por la oblicuidad de mi campo de visión, observé dos tubos, parecidos a pequeñas mangueras pero de distinto material, que salían de mi boca y se alejaban en ángulo agudo el uno del otro. El primero terminaba bruscamente en el suelo, a mi lado; el segundo atravesaba el piso con infinidad de recodos y se conectaba con el aparato que prometí describir.

Antes de que mi vida se descarrilara, había incursionado no poco en el ámbito científico y, conocedor del instrumental y la parafernalia de laboratorio, comprendí la naturaleza de la máquina que contemplaba. Su estructura era esencialmente de vidrio, con la tosquedad propia de los aparatos construidos para fines experimentales. Un recipiente de agua estaba rodeado por una cámara de aire, a la que se unía un tubo vertical rematado por una esfera. En el centro de esta, había un manómetro de vacío. El agua en el tubo subía y bajaba, generando inspiraciones y espiraciones alternas, que me eran transmitidas a través de la manguera. Con este mecanismo, y con la ayuda de los hombres que bombeaban mis brazos con tanta energía, habían logrado llevar a cabo de forma artificial el proceso de respiración en mi cuerpo: mi pecho subía y bajaba, y mis pulmones se expandían y contraían, hasta que la naturaleza volvió a tomar las riendas de su labor habitual.

En cuanto abrí los ojos, retiraron aquel artilugio que me cubría la cabeza, la nariz y la boca. Tras beber de un trago tres dedos generosos de brandy, me incorporé tambaleándome para dar las gracias a mi salvador, y me encontré cara a cara… con mi padre. Pero los largos años de amistad con el peligro me habían enseñado a controlar mis reacciones, y aguardé, para ver si él me reconocía. No fue así; vio en mí tan solo a un marinero prófugo y así me trató.

Dejándome a cargo de los negros, se puso a repasar las notas que había tomado durante mi resucitación. Mientras yo devoraba la opípara comida que me sirvieron, se desató el trajín en cubierta, y por los cánticos de la tripulación y el chirrido de cuadernales y poleas, deduje que íbamos a zarpar. ¡Vaya aventura! ¡Embarcar con mi padre solitario rumbo al ancho Pacífico! ¡Qué poco podía imaginarme, mientras reía para mis adentros, quién terminaría riendo al último! Si lo hubiese sabido, me habría arrojado al mar de nuevo, prefiriendo el sucio sollado del que acababa de escapar.

No se me permitió subir a cubierta hasta que perdimos de vista los Farallones y al último piloto. Agradecí esta deferencia de mi padre y le expresé mi gratitud con mi rudo porte de marino. No sospechaba que él tenía sus propios motivos para mantener en secreto mi presencia a todos menos a la tripulación. Me contó brevemente cómo me habían rescatado sus marineros, asegurándome que el favor era suyo, pues mi llegada había sido muy oportuna. Había construido aquel aparato para confirmar una teoría sobre ciertos fenómenos biológicos y había estado aguardando la ocasión de usarlo.

—Tú la has demostrado sin lugar a dudas —dijo; y luego añadió con un suspiro—: pero sólo en el insignificante caso del ahogamiento.

Pero, para ir al grano, me ofreció un adelanto de dos libras por encima de mis anteriores honorarios para que navegara con él, algo que consideré generoso, pues en realidad no me necesitaba. Contra todo lo previsto, no compartí el rancho con la tripulación de proa, sino que me asignaron un camarote cómodo y comía en la mesa del capitán. Él había intuido que no era un marinero común, y yo me propuse aprovechar esa oportunidad para recobrar su estimación. Forjé un pasado ficticio que justificara mi formación y mi situación actual, y me esforcé por ponerme a su altura. Pronto salió a relucir mi inclinación hacia las investigaciones científicas, y él no tardó en apreciar mi capacidad. Me convertí en su ayudante, con el correspondiente incremento de sueldo, y en poco tiempo, mientras me iba abriendo sus confidencias y explayando sus teorías, me mostré tan entusiasmado como él.

Los días se deslizaban veloces, pues estaba muy interesado en mis nuevos estudios, pasando mis horas de vigilia en su bien surtida biblioteca o escuchando sus planes y ayudándolo en el laboratorio. Sin embargo, había muchos experimentos sugerentes que se veían impedidos, pues un barco con mar picado no es precisamente el mejor lugar para trabajos delicados o complejos. Me prometió, eso sí, largas horas de disfrute en el magnífico laboratorio al que nos dirigíamos. Me explicó que se había apoderado de una isla de los Mares del Sur fuera de las cartas náuticas, que él había transformado en un paraíso científico.

Llevábamos poco tiempo en la isla cuando descubrí la terrible trampa en la que había caído. Pero antes de describir los extraños sucesos que acontecieron, debo exponer brevemente las causas que desembocaron en la experiencia más sobrecogedora que le haya tocado vivir jamás a un hombre.

Cerca del final de su vida, mi padre había abandonado los polvorientos encantos de la Antigüedad para rendirse a otros más fascinantes, englobados bajo el amplio término de biología. Tras adquirir una sólida base en su juventud, avanzó rápidamente por todos los campos superiores hasta llegar al mismo punto donde se había detenido la ciencia oficial. Se encontró de pronto en la "tierra de nadie" de lo ignoto, decidido a reclamar una parte de aquel territorio virgen. Y en ese momento de sus averiguaciones, el azar nos reunió. Tengo un cerebro decente, si se me permite decirlo, y asimilé con

rapidez sus especulaciones y métodos de razonamiento, llegando casi a enloquecer tanto como él. Pero no debería usar la palabra "loco". Los prodigiosos resultados que obtuvimos después no hacen más que confirmar su cordura. Tan sólo diré que fue la criatura más anormalmente carente de piedad que he visto en mi vida.

Tras penetrar los dobles misterios de la fisiología y la psicología, sus reflexiones lo condujeron a las fronteras de un vasto campo, que para explorarlo con más solvencia lo obligaron a estudiar química orgánica avanzada, patología, toxicología y otras ciencias y sub-ciencias afines, necesarias para respaldar sus hipótesis especulativas. Partiendo de la premisa de que la causa directa de la detención, tanto temporal como permanente, de la vitalidad se debía a la coagulación de ciertos elementos y compuestos del protoplasma, logró aislar y someter dichos componentes a un sinfín de experimentos. Dado que la interrupción pasajera de la vitalidad en un organismo producía coma, y la permanente, muerte, sostenía que era posible retardar, impedir o incluso revertir de manera artificial esa coagulación de protoplasma en sus estados extremos de solidificación. O, para prescindir de términos técnicos, argumentaba que la muerte, cuando no era violenta ni dañaba órgano alguno, no era otra cosa que vitalidad suspendida; y que, en tales circunstancias, la vida podía reanudarse si se aplicaban los métodos adecuados. Ésta era su gran idea: descubrir ese método y, a través de la experimentación práctica, demostrar la posibilidad de renovar la vitalidad de un ser aparentemente muerto. Por supuesto, reconocía la inutilidad de cualquier esfuerzo una vez iniciada la descomposición; necesitaba, por tanto, organismos que hasta hacía un momento, una hora o un día, hubieran estado vivos. Conmigo, de un modo rudimentario, había confirmado esa teoría. Yo estaba de verdad ahogado, verdaderamente muerto, cuando me sacaron de las aguas de la bahía de San Francisco, pero la chispa vital se había reencendido gracias a su aparato aeroterapéutico, como él lo denominaba.

Y ahora, la siniestra finalidad que tenía reservada para mí. Primero me demostró cuánto estaba a su merced. Había mandado regresar el yate para que volviera al cabo de un año, quedándose sólo con sus dos negros, enteramente fieles a él. Entonces repasó en detalle su teoría y me expuso el método de validación que había adoptado, concluyendo con el anuncio, terrorífico, de que yo sería su conejillo de Indias.

En mi vida había encarado la muerte y valorado mis posibilidades en múltiples situaciones desesperadas, pero nunca había tenido ante mí algo de tal naturaleza. Jura que no soy un cobarde, pero la propuesta de ir y venir a través de la frontera de la muerte me puso el más amarillo de los miedos. Le pedí tiempo, que me concedió, aunque asegurándome que sólo tenía una opción posible: someterme. Escapar de la isla era impensable; el suicidio no podía contemplarse, pese a resultar preferible a lo que se me avecinaba; mi única esperanza era matar a mis captores. Pero las precauciones de mi padre frustraban ese plan. Me vigilaban sin tregua, e incluso durante el sueño estaba resguardado por uno u otro de los dos negros.

En vano supliqué; luego le revelé y demostré que yo era su hijo. Era mi última carta, y en ella lo aposté todo. Pero fue inexorable; no era un padre, sino una máquina científica. Todavía me asombra pensar que un hombre así hubiera llegado a casarse con mi madre o engendrarme, pues no albergaba la más mínima fibra de emoción. La razón lo era todo para él, y no comprendía que los demás albergaran sentimientos de amor o compasión, salvo como frágiles debilidades que había que superar. De manera que me dijo que, en un principio, él me había dado la vida, y que nadie tenía más derecho que él a quitármela. Eso sí, agregó que no deseaba matarme, sino tan solo "tomarla prestada" de vez en cuando, prometiendo devolvérmela en cada ocasión estipulada. Claro que siempre cabía la posibilidad de algún accidente, pero no quedaba otro remedio que asumir esos riesgos, pues así era la vida de los hombres.

Para garantizar el éxito de sus planes, quería que estuviera en las mejores condiciones físicas posibles, así que me alimentó y entrenó como a un gran atleta antes de un combate decisivo. ¿Qué podía hacer yo? Si de todos modos iba a someterme a ese peligro, lo sensato era estar lo más fuerte que pudiera. Durante mis momentos de descanso, me dejaba ayudarlo a preparar el equipo y llevar a cabo diversos experimentos previos. Pueden imaginarse con qué entusiasmo participaba. Aprendí a manejarlo todo tan bien como él, y en ocasiones lograba que adoptara mis sugerencias o modificaciones. Después de esos avances, esbozaba una sonrisa sombría, consciente de que estaba colaborando en mi propio funeral.

Comenzó con una serie de experimentos toxicológicos. Cuando todo estuvo listo, morí por una fuerte dosis de estricnina y permanecí muerto casi veinte horas. Durante ese tiempo, mi cuerpo estaba muerto, muerto del

todo. No respiraba ni circulaba la sangre; lo más horrendo del caso es que, mientras avanzaba la coagulación del protoplasma, yo conservaba la conciencia y pude estudiarlo con detalle espantoso.

El dispositivo para devolverme a la vida era una cámara hermética adecuada a mi cuerpo. El mecanismo no era complicado: unas cuantas válvulas, un eje rotatorio con manivela y un motor eléctrico. Al ponerse en marcha, el aire interior se comprimía y distendía por turnos, produciendo una respiración artificial sin necesidad de las mangueras usadas anteriormente. Aunque mi cuerpo yacía inerte y, por lo que yo sabía, en los primeros estadios de la descomposición, tenía constancia de todo cuanto sucedía. Supe cuándo me introdujeron en la cámara y, aunque todos mis sentidos estaban paralizados, noté las inyecciones hipodérmicas de un compuesto que contrarrestaba la coagulación. Luego cerraron la cámara y pusieron la máquina en funcionamiento. Mi ansiedad fue atroz; pero la circulación se restableció poco a poco, los distintos órganos reanudaron sus respectivas funciones y, al cabo de una hora, me encontraba cenando con un apetito voraz.

No se puede decir que afrontara esta serie de experimentos y las que le siguieron con mucho entusiasmo; pero, tras dos intentos fallidos de fuga, empecé a tomarles cierto interés. Además, me estaba acostumbrando. Mi padre no cabía en sí de gozo ante los resultados, y conforme pasaban los meses, sus conjeturas cobraban vuelos cada vez más osados. Exploramos los tres grandes grupos de venenos: neurotóxicos, gaseosos e irritantes, aunque evitó algunos de los irritantes minerales y descartó del todo los corrosivos. Durante esa etapa de envenenamientos, me habitué bastante a morir y sólo un traspié vino a minar mi naciente confianza. Practicó varias incisiones en vasos sanguíneos menores de mi brazo y me inyectó una dosis ínfima del más temible de los venenos, el curare, o veneno de flecha. Perdí el conocimiento de inmediato, y muy pronto dejaron de latir el corazón y de funcionar los pulmones. Tal se hizo la solidificación del protoplasma que mi padre se dio por vencido, pero en el último instante aplicó un descubrimiento en el que venía trabajando, y el éxito lo enardeció a continuar.

En un tubo de vidrio al vacío, parecido pero no idéntico a un tubo de Crookes, había ubicado un campo magnético. Al atravesarlo con luz polarizada, no se producía fosforescencia ni proyección rectilínea de átomos, sino que salían unos rayos no luminosos, similares a los rayos X. Mientras éstos revelan objetos opacos ocultos en medios densos, aquéllos poseían un poder

de penetración todavía más sutil. Con ellos fotografió mi cuerpo y obtuvo un negativo plagado de manchas borrosas, pruebas inequívocas de los procesos químicos y eléctricos que seguían en marcha. Era la prueba de que aquella rigidez cadavérica que parecía dominarme no era genuina; es decir, las fuerzas misteriosas, los lazos delicados que mantenían mi alma unida a mi carne, seguían actuando. Los resultados de otros venenos no dejaban huella visible, a excepción de los compuestos mercuriales, que por lo general me dejaban abatido unos cuantos días.

Otra serie de amenos experimentos se llevó a cabo con la electricidad. Verificamos la afirmación de Testa de que las corrientes de alta tensión no producen daño alguno, haciendo pasar 100 000 voltios a través de mi cuerpo. Como no surtió efecto, redujo el flujo a 2 500 voltios y de inmediato me electrocutó. Esta vez se atrevió a dejarme muerto, o en estado de vitalidad suspendida, durante tres días. Se requirieron cuatro horas para traerme de vuelta.

En otra ocasión, me provocó tétanos, pero los dolores de la agonía fueron tan insoportables que me negué en redondo a que volviera a repetir el experimento. Morir por asfixia—ahogamiento, estrangulación o gases—era mucho más llevadero; lo mismo sucedía con las muertes por morfina, opio, cocaína o cloroformo.

Hubo otra vez en que, tras asfixiarme, me conservó en frío durante tres meses, sin permitirme congelarme ni descomponerme. Yo no supe nada, y cuando descubrí el tiempo transcurrido, sentí un pánico feroz ante la idea de lo que podría hacer conmigo en mi estado de cadáver. Mi aprensión aumentó porque empezaba a mostrar una predilección peligrosa por la vivisección. Al regresar a la vida en la última ocasión, comprobé que había hurgado en mi pecho. Aunque había suturado y vendado cuidadosamente las incisiones, fueron tan graves que me vi obligado a guardar cama un tiempo. Fue durante aquella convalecencia cuando ideé el plan que al fin me permitió escapar.

Simulando un entusiasmo desmedido por nuestro trabajo, pedí y obtuve unas “vacaciones” de mi ocupación mortuoria. Durante ese periodo, me consagré a labores de laboratorio, mientras él se absorbía en la vivisección de los numerosos animales capturados por los negros, sin fijarse en lo que yo hacía.

Sobre estas dos proposiciones construí mi teoría: la electrólisis—o descomposición del agua en sus gases constituyentes mediante la electricidad—y la hipotética existencia de una fuerza inversa a la gravedad, a la que Astor denominó "apergia". La atracción terrestre, por ejemplo, sólo acerca los objetos pero no los combina; por ende, la apergia no es sino repulsión. Ahora bien, la atracción atómica o molecular no sólo acerca los objetos, sino que los integra; y la fuerza inversa—o sea, una fuerza desintegradora—era la que yo pretendía no sólo descubrir y producir, sino también dirigir a voluntad. Así como las moléculas de hidrógeno y oxígeno, reaccionando entre sí, se unen y forman agua, la electrólisis las separa y las devuelve a su estado original, convirtiéndolas en gas. Esa fuerza que deseaba encontrar no sólo debía hacer esto con dos elementos, sino con todos, sin importar el compuesto que formasen. Si lograba atraer a mi padre hasta su radio de acción, se desintegraría de inmediato y saldría disparado en todas direcciones convertido en un amasijo de elementos aislados.

No quiero que se piense que esta fuerza, que finalmente aprendí a controlar, aniquilaba la materia; simplemente destruía su forma. Tampoco afectaba a las estructuras inorgánicas, pero para toda forma orgánica resultaba absolutamente fatal. Al principio me sorprendió esa preferencia, pero bastaba reflexionar un poco. Puesto que el número de átomos en las moléculas orgánicas es mucho mayor que en las inorgánicas más complejas, los compuestos orgánicos se distinguen por su inestabilidad y por lo fácilmente que se escinden mediante fuerzas físicas y reactivos químicos.

Conecté dos potentes baterías a unos imanes diseñados expresamente con ese fin, de modo que se proyectaran dos grandes fuerzas. Consideradas por separado, dichas fuerzas eran inofensivas; pero cumplían su cometido al converger en un punto invisible en el aire. Luego de comprobar de forma práctica su efectividad—y de haber estado a punto de desaparecer yo mismo—tendí mi trampa. Oculté los imanes de tal modo que irradiaban un campo letal en toda la puerta de mi habitación y coloqué, junto a mi cama, un botón que me permitía encender la corriente de los acumuladores. Después, me acosté.

Los negros continuaban vigilándome, turnándose a medianoche. Encendí la corriente en cuanto llegó el primer guardián. Apenas empezaba a dormitar, me sobresaltó un breve tintineo metálico. Allí, en el umbral, yacía el collar de Dan, el San Bernardo de mi padre. Mi vigilante corrió a recogerlo.

Desapareció como un soplo, dejando su ropa caer al suelo en un montón. El aire se impregnó de un ligero aroma a ozono, pero como los principales componentes gaseosos de su cuerpo eran hidrógeno, oxígeno y nitrógeno—todos incoloros e inodoros—, no hubo más prueba de su partida que esa efímera bocanada. Sin embargo, cuando apagué la corriente y retiré la ropa, hallé un depósito de carbono en forma de carbón animal y otros polvos: los sólidos elementales de su organismo, tales como azufre, potasio y hierro. Tras volver a preparar la trampa, regresé a la cama. A medianoche me levanté y recogí los restos del segundo negro, y después dormí plácidamente hasta el alba.

Me despertó la voz agria de mi padre, que me llamaba desde el otro extremo del laboratorio. No pude contener una risa interior. Sin nadie que lo avisara, se había quedado dormido. Lo oí acercarse para levantarme, y decidí incorporarme para presenciar su "traslación" —tal vez "apoteosis" sería más apropiado—. Vaciló un instante en el quicio de la puerta, luego dio el paso fatal. ¡Fsssh! Como el viento entre los pinos. Había desaparecido. Su ropa cayó en un montón deshilvanado en el suelo. Además del ozono, percibí un ligero olor a ajo, procedente del fósforo. Quedaba un pequeño montón de sólidos elementales entre sus prendas. Nada más. Ante mí se abría el ancho mundo. Mis captores habían dejado de existir.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web